

CAPÍTULO SEGUNDO

LA ÉTICA EN LOS CONFLICTOS DEL SIGLO XXI

LA ÉTICA EN LOS CONFLICTOS DEL SIGLO XXI

Por ANTONIO LUIS ESTEBAN MUÑOZ

Introducción

Antes de abordar el análisis de los dilemas éticos que plantean los conflictos del siglo XXI, conviene establecer las bases que caracterizan los actuales escenarios estratégicos, donde aparecen nuevos actores transnacionales con voluntad de cambiar las reglas del juego en un entorno globalizado con fronteras cada vez más permeables.

La Historia contemporánea rompe la geometría bipolar de la guerra fría, estableciendo un nuevo orden dominado militarmente por Estados Unidos y sus aliados de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que deshacen cualquier equilibrio posible a medio plazo. Nunca antes en los últimos 150 años de historia, los Estados de cultura occidental se habían sentido tan seguros como ahora. Sin embargo, también es un hecho que la sensación de inseguridad del ciudadano ha aumentado considerablemente. La guerra fría no llegó a penetrar en nuestras vidas como hoy lo hace el terrorismo (1), y ésta es una de las principales circunstancias que imprime al fenómeno de la guerra un carácter tan especial en la actualidad.

Según el más puro sentido teórico de Clausewitz, todas las guerras tienen un aspecto complejo y mutable. Pero en beneficio del análisis que pretendemos abordar es importante establecer como punto de partida que su naturaleza es invariable. La guerra siempre ha sido un fenómeno social, consecuencia del fracaso de las conversaciones y la continuación de la política por otros medios. Lo novedoso del escenario estratégico

(1) CHRISTOPHER, Coker: *La ética y la guerra en el siglo XXI*, p. 16.

actual es que los enfrentamientos mediante el empleo de la fuerza militar, ya no son una opción rentable para aquellos que se ven en clara desventaja, por lo que la probabilidad de conflictos convencionales que terminen resolviéndose en un encuentro decisivo se hace remota.

Los contendientes militarmente inferiores deben encontrar un atajo que evite enfrentamientos de alta intensidad, y como consecuencia, la violencia emigra a las calles de nuestra ciudad, a nuestros trenes, a nuestras vidas. Basta con un puñado de terroristas para someter a grandes masas humanas bajo presión, es un trabajo realizado por una pequeña élite de militantes que afirma representar a un pueblo actuando en ausencia de éste, pero es infalible convirtiendo la inseguridad, la ansiedad y la falta de confianza en componentes inevitables de una nueva realidad (2), y esto quizás explique por qué la lucha contra el terror plantee serios retos a la ética en los conflictos del siglo XXI.

Desde el final de la guerra fría, los conflictos asimétricos han reaparecido como consecuencia del colapso de un sistema de valores que cede ante la impotencia, y apela al recurso fácil de la destrucción y la violencia indiscriminada para imponer su justicia, creándose el caldo de cultivo idóneo para dar origen a las conductas más aberrantes y al colapso de los impulsos humanos (3). El terrorismo es el arma de los débiles, el último recurso de las naciones oprimidas. El objetivo de erosionar la moral y la opinión pública del enemigo nace de la incapacidad de movilizar a su propio pueblo en torno a otro tipo de políticas que defiendan un mensaje aún por descifrar. La Organización para la Liberación de Palestina recurrió al terror desde el principio sin ningún intento previo de encontrar alternativas.

Sin embargo, el siglo XXI no tiene la exclusividad de los conflictos asimétricos, desde los tiempos de Viriato, pasando por Espoz y Mina hasta nuestros días:

«Las pasiones que han movido a los Estados a lanzar los dados de la guerra a lo largo de la Historia, no se diferencian de aquellos que inspiran a las tribus y a la insurgencia en la actualidad» (4).

(2) SCHMITT, Carl: *La teoría del partisano*, p. 52.

(3) AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESIONOS, Federico: *Las nuevas guerras. Validez de la polemología para el análisis de los conflictos del siglo XXI*, p. 365.

(4) BAUMANN, Robert F.: «perspectiva histórica de las guerras del futuro», *Military Review*, 77, marzo-abril, 1997.

«Llámenlo como quieran: nuevas guerras, guerras de cuarta generación, guerras de baja intensidad o simplemente terrorismo, pero al final sólo existe una categoría de guerra, y es la guerra en sí misma» (5).

Como decía Clausewitz, «todas las guerras son impredecibles, y por esa razón son un arte y no una ciencia», pero no es arriesgado conceder excesivo protagonismo a la amenaza del terrorismo como fuente de conflicto más plausible en el siglo XXI. No obstante, como punto de partida, debemos aceptar la solidez del concepto de la guerra, que puede mutar su aspecto adaptándose a cada realidad, pero es una fuente de inspiración que ha estado presente en todas las etapas del proceso evolutivo de la humanidad.

Hemos construido nuestra cultura y nuestros valores basándose en lo que hemos aprendido de ella, y el carácter especial de los conflictos del siglo XXI no justifica redefinir un concepto universal que forma parte de nuestras raíces. Es esencial entender cómo la Historia ha moldeado lo que somos, y cómo las guerras han contribuido a crear la cultura liberal sobre la cual se apoyan los valores éticos de Occidente. Como veremos, el debate ético surge cuando el objetivo de buscar la paz o la justicia bajo la ofuscación de la guerra no se deriva del deseo de evitar desastres (6).

El dilema ético del siglo XXI

Los ataques suicidas del 11 de septiembre de 2001 (11-S), una mujer bomba que provoca la muerte de nueve *marines* estadounidenses en un punto de control en Irak, o la explosión de una bomba en Kabul que mata a 20 empresarios indios con voluntad de invertir en un país en plena reconstrucción, son claros ejemplos que ilustran el nuevo aspecto de la principal amenaza al progreso, la paz y la seguridad de nuestros días. El terrorismo surge como un fenómeno que busca el asesinato deliberado y aleatorio de personas inocentes con el objetivo de obligar a los gobiernos a actuar bajo la coacción (7), plantea una lucha contra un enemigo absoluto con el que no cabe posibilidad alguna de paz o armisticio (8).

(5) SMITH, M. L. R.: *La Estrategia en la era de las guerras de baja intensidad: por qué Clausewitz todavía tiene más relevancia que sus críticos*.

(6) WALTZER, Michael: *Guerras justas e injustas*, p. 20.

(7) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 141.

(8) *Ibidem*, p. 49.

La era pos Westfalia se caracteriza por la existencia de códigos y reglas pertenecientes al repertorio político de los Estados que enmarcan las relaciones internacionales dentro de un orden deseado. Vivimos en un mundo social en el que como seres humanos aceptamos obligaciones hacia el prójimo, pero cada vez que una sociedad se enfrenta a una realidad que no comprende, tiende inevitablemente a cuestionarse la validez de sus principios (9). En todo conflicto siempre ha habido espacio para la negociación de tratados de paz y armisticios, pero ¿qué discurso político es posible con los que persiguen la destrucción de Occidente como una exigencia religiosa? ¿Qué mensaje se pretende transmitir con las decapitaciones públicas en Internet? ¿Cómo se dialoga con aquellos que transforman los terroristas en mártires y creen estar en permanente guerra con el resto del mundo?:

«Occidente necesita someter a examen las viejas reglas, si no, corremos el riesgo de luchar los conflictos del siglo XXI con las reglas del siglo XX» (10).

«En un escenario de naturaleza desigual, no es sensato exigir a nuestros soldados que cumplan con las antiguas reglas contra un enemigo que no sigue ninguna» (11).

John Reid, ex secretario de Defensa británico, no defendía esta teoría en solitario, Donald Ramsfeld, su homólogo estadounidense, aseveró que:

«Son tiempos de pensar lo impensable, incluso el empleo de la tortura cuando las circunstancias indican que ello sea esencial para la seguridad de todos.»

«El terrorismo representa el mal de nuestros tiempos, y la guerra contra el mal es la gran causa de nuestra generación. No creemos que los americanos luchen contra el mal para minimizarlo o gestionarlo... no hay punto intermedio, es la victoria o el holocausto» (12).

Como decía Voltaire, «aquellos que te exigen creer en el absurdo, pueden hacerte cometer atrocidades» (13). Tratando de encontrar un símil en la Historia, los *kamikazes* japoneses de la Segunda Guerra Mundial sacrificaban voluntariamente sus vidas atacando como héroes nacionales objetivos militares. Dirigían sus desesperadas acciones contra los solda-

(9) MAC INTYRE, Alasdair hilo argumental de su libro: *La historia de la ética*.

(10) REID, John: «XXI Century Warfare, XX Century Rules», *RUSI Journal*, p. 12, junio 2006.

(11) *Ibidem*, p. 15.

(12) SILVERSTONE, R.: *The media and morality*, p. 76, Polity, Cambridge, 2007.

(13) DAWKINS, R.: *The God Delusion*, p. 103, Bantman, Londres 2006.

dos y marineros americanos pretendiendo provocar una ventaja táctica, y por ello, su comportamiento era más fácilmente entendible, que el de los hombres y mujeres cuya máxima aspiración es el sacrificio de sus propias vidas, perpetrando atentados terroristas en nombre del islam.

Nuestra cultura establece que la violencia sólo es legítima entre Estados. En la guerra contra el terror, Occidente se enfrenta a grupos terroristas y facciones políticas que no consienten más ley que la *sharía*. Creen que la fe en sí misma es una virtud aunque atente contra toda razón. Bendicen el crimen organizado, el tráfico de drogas y los abusos de los Señores de la guerra» que ellos condenan siempre que sean útiles para la *yihad* o supongan una amenaza contra Occidente.

Si el objetivo del yihadismo islámico es extender la *sharía* a nivel mundial a cualquier precio, el efecto provocado es la proyección del totalitarismo de una versión del islam que desprecia los valores decadentes de Occidente, y observa cómo la vieja Europa se debilita disolviéndose en una comunidad transnacional, que ya no respeta su propia identidad religiosa. Si nos enfrentamos a enemigos irracionales que no conocen el diálogo, y buscan en la muerte la justificación de toda una vida como único modo de imponer su propia interpretación de la justicia y los derechos humanos, y encuentran en la aspiración de combatir al infiel, cuyo líder mundial es Estados Unidos y su aliado local Israel, la coartada perfecta para asesinar con la aprobación de su propia comunidad el mayor número posible de civiles inocentes ¿las antiguas reglas de la guerra siguen siendo válidas? ¿Es necesario reconocer derechos a quienes no los merecen?

Estamos ante un desencuentro entre culturas que se ha ido enquistando con la Historia. El islam percibe las derrotas militares sufridas entre los años 1948 y 1991 como una humillación a manos de los judíos y sus amigos estadounidenses. La respuesta de rechazo por parte del fundamentalismo islámico hacia la modernidad de Occidente se percibe como un modo de degradar ideológica y teológicamente al adversario para justificar su asesinato, cuando a menudo este sentimiento antioccidental procede de gobiernos orientales que ávidamente incorporan los avances tecnológicos de la nueva era, mientras ejercen una brutal represión social a sus habitantes (14). La *Yihad Islámica* culpa a Occidente de sus propios fracasos internos, mientras Occidente percibe que el rechazo al progreso y la modernidad es consecuencia del fracaso radical del mundo islámico a la hora de modernizarse.

(14) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 144.

Michael Ignatieff asegura que uno de los mayores obstáculos en el camino de cualquier reconciliación es la necesidad de venganza, que nace del deseo de honrar la memoria de los muertos y rescatar su causa donde la dejaron manteniendo así la fe entre generaciones, donde la violencia que engendra constituye un ritual en memoria de los que no están (15). ¿Qué es la paz si no el perdón y la oportunidad de continuar hacia delante?

Los asuntos relacionados con la guerra contra el terrorismo islámico contienen un componente visceral muy peligroso. Es preciso ponderar convenientemente las estrategias para no sobredimensionar los problemas ya existentes, o terminar sembrándolos en lugares donde no existen. El problema es que, como veremos durante este capítulo, muchas de las decisiones que se han tomado en nombre de «la guerra contra el terror» llevan consigo un escaso esfuerzo intelectual (16).

Tesis

La ética está presente en el modo de relacionarnos con los demás y en la naturaleza de los objetivos que perseguimos, y tras ser interpretada por la política, los Estados transforman la ética en normas. Tenemos normas para moderar nuestro propio comportamiento, y como decía Tucídides, para protegernos de nuestra mayor amenaza: nosotros mismos.

No tenemos reglas simplemente porque lo dicten nuestras creencias religiosas, nuestras convicciones morales o las culturales. Las tenemos porque la Historia nos ha demostrado en numerosas ocasiones que es peligroso no tenerlas. Las reglas por tanto, son el resultado de la prudencia y la experiencia. Si el objetivo principal de toda guerra es convencer al enemigo de que ha sido derrotado, será necesario articular los mecanismos para gestionar el mínimo daño necesario que le permita interiorizar la derrota y continuar hacia delante. El respeto de las normas y principios que proporciona la ética de la guerra, y la oportunidad política de legitimar una disputa ante nuestros propios ojos y el resto de la comunidad internacional, contribuye definitivamente a ganar guerras.

La guerra contra el terror no requiere revisar el *ius in bello*. Frente a los que piensan que «los países que no se adaptan al cambio tienden a

(15) SACHS, J.: *La dignidad de la diferencia*, p. 187.

(16) COKER, Christopher: *La ética y guerra en el siglo XXI*, p. 79.

perecer» (17), debe prevalecer el hecho de que las reglas de la guerra existen por una razón, y quizás el gran reto sea entender porqué las tenemos y porqué debemos continuar aplicándolas contra cualquier enemigo, incluso contra la sinrazón del terror, y tanto el lenguaje político como las acciones que serán necesarias llevar a cabo tendrán implicaciones de un marcado carácter ético. Tras el análisis de todos los factores, pretendemos llegar a la conclusión de que no existe ninguna razón intelectualmente coherente que nos invite a abandonar las reglas morales que hemos heredado del pasado, y que respetar los valores éticos sobre los que se apoya la cultura de una sociedad contribuye a saber distinguir entre lo que debe ser la guerra y lo que puede llegar a convertirse.

La lucha contra el terror requiere un enfoque multilateral. La ofensiva militar contra los santuarios del radicalismo terrorista debe ir acompañada de un mensaje político sin fisuras que combine la determinación suficiente con el respeto a las normas y principios éticos que nacen del modelo social y cultural que pretendemos defender, esto es innegociable.

No olvidemos que una de las batallas más importante contra el terrorismo se está librando en España, en Reino Unido y en otros países de la diáspora islámica, donde la prioridad está siendo el trabajo policial. Estaríamos cerca de alcanzar la victoria en esta guerra si pudiéramos evitar futuros ataques mediante la identificación y la desactivación de células terroristas. La tentación es muy grande, pero la búsqueda de la justicia no debe plantear dilemas sobre las libertades civiles (18). El reto es conseguir la eficacia policial sin comprometer la obligación de los Estados de velar por los derechos de todos los ciudadanos, sin excepción.

El acerbo ético de la Historia

«*Qui vincit non est victor, nisi victus fatetur*» (19)

Quintus Ennius, fragmento. 31:493

Martin Van Creveld, consciente de haber percibido en los últimos tiempos un cambio significativo tanto en el *ius ad bellum* como en el *ius in bello*, asegura que lo comúnmente considerado como comportamiento

(17) COKER, Christopher: *La ética y guerra en el siglo XXI*, p. 16.

(18) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 148.

(19) «Aquel que vence no lo hace a menos que el derrotado admita la derrota».

aceptable o inaceptable en la guerra, se ha ido determinando a lo largo de la Historia (20).

Europa ha sobrevivido a la crueldad de sus guerras; desde los tiempos de la antigua Roma donde el viejo dogma *inter arma silent leges* insinuaba una guerra sin limitaciones, hasta la Guerra de los Treinta Años en la que la brutalidad de las batallas se reflejaba en el refranero popular:

«Tres pagas para un soldado: una para pólvora, otra para su casa, y otra para comprar su lugar en el infierno» (21).

Los atenienses hacían a sus dioses testigos y cómplices de sus matanzas en un intento de dar coartada a lo inmoral (22). Los caballeros medievales no esclavizaban a sus enemigos vencidos como hacían en la antigua Grecia, pero se les permitía ejecutar a sus prisioneros como medio de coacción para forzar la rendición de los poblados que asediaban; una práctica común que costó la reputación de lord Cromwell, al menos en Irlanda.

Sin embargo, aunque antiguamente los europeos violáramos con frecuencia uno de los principios básicos de la guerra que Homero nos reveló en su *Ilíada*: «no se debe hacer lo que se puede, sino lo que es necesario», las restricciones en el *ius in bello* se han ido multiplicando hasta nuestros tiempos. Muchas de las acciones que hoy condenan los Convenios de Ginebra, y algunas normas de la guerra como las relativas al respeto y reconocimiento de los derechos del derrotado, o del prisionero, se han ido implementando en Occidente durante los últimos siglos, y el motivo se encuentra en la propia esencia de la guerra: no se logra la victoria hasta que el enemigo no admite la derrota, y la posibilidad de que esto ocurra aumenta exponencialmente con el modo en cómo se trata al enemigo y la facilidad con que pueda digerir que ha sido derrotado.

Antiguamente era frecuente creer que la victoria caía del lado del que producía el mayor número de víctimas, pero causar la muerte no es necesariamente crucial para provocar la situación final deseada. En la física de la guerra, cuando dos fuerzas se oponen, se genera un mecanismo auto regulador que provoca que el bien emerja del propio egoísmo (23). Cuando en el pasado los soldados se rendían a sus enemigos, lo ha-

(20) Geoffrey Parker en Yale, 1991.

(21) PARKER, Geoffrey: *La Guerra de los Treinta Años*, p. 179.

(22) MEIR, C.: *Atenas: retrato de una ciudad en su era dorada*, p. 524.

(23) SMITH, Adam: *Teoría de los sentimientos morales*.

cían porque esperaban ser tratados con respeto y humanidad, incluso mucho antes de que se recogiera como obligación en el Derecho de la Guerra. No se trata entonces de benevolencia, sino de beneficio. Para Clausewitz, se puede esperar el mejor comportamiento de quien es más consciente de su propio interés. No nos convertimos en mejores personas, sino que el estudio de la Historia nos permite estar mejor informados de lo que nos conviene (24).

Para Dewey no hay distinción entre lo útil y lo correcto:

«Lo correcto es sólo un concepto abstracto para referirnos a aquellas acciones que los demás demandan de nosotros, y que estamos obligados a cumplir si pretendemos sacar algún provecho» (25).

Una guerra también se gana cuando el enemigo pierde su cohesión. La humillación del contrario, la ejecución indiscriminada de prisioneros motivada por la venganza, o cualquier otro hecho que disuada al enemigo de rendirse o desertar en masa son auténticos errores de cálculo. La moralidad posee un cierto «efecto memoria», no actuamos bien porque en nuestro interior escuchemos una voz que nos indique qué es lo correcto, o simplemente porque aproxime la naturaleza humana a los deseos de Dios, lo hacemos porque en el pasado esos comportamientos se pusieron en práctica y se validaron como útiles. El lenguaje de la moral es en cierto modo el lenguaje de la experiencia, y si somos seres con moral es porque aprendemos de nuestros errores (26).

El gran pensador italiano Giambattista Vico aceptaba que Dios rigiera el mundo mediante leyes naturales. Pero existe una importante diferencia entre la «ley natural» (reglas divinas relativas al existencialismo social del hombre) y la «ley humana» (construida a partir de valores políticos, en ocasiones incompatibles con la ética cristiana). Tom Laqueur destacaba la relación entre el progreso moral y el desarrollo de los derechos humanos (27). El factor decisivo en la reducción gradual de la crueldad y el sufrimiento gratuito propia del progreso moral, nace del sentimiento solidario producto de imaginar el dolor del prójimo, surgiendo así una idea de comunidad política que inspiró la moral laica de las campañas contra la industria global del siglo XVIII: el comercio de esclavos. De este

(24) GILLESPIE, M.: *Hegel, Heidegger y la base de la Historia*, p. 59.

(25) RORTY, John: *Contingencia, ironía y solidaridad*, p. 73.

(26) RORTY, John: *Contingencia, ironía y solidaridad*, p. 61.

(27) IGNATIEFF, Michael: *Los derechos humanos como política e idolatría*, p. 165.

modo, la solidaridad moral queda vinculada históricamente a la creación de culturas políticas democráticas modernas (28).

En el siglo XVII la religión ejercía una influencia trascendental en el hombre. Estaba presente en las luchas dinásticas, en el debate político, en el arte, e incluso en el nacimiento del capitalismo (29). Pero según Hegel, fue el desencanto del hombre por el culto y la religión lo que dio origen en Occidente a un nuevo concepto de Estado (30). Hegel estipula que la sociedad política se sostiene en sí misma por intereses políticos, las restricciones éticas ya no provienen de la Ley de Dios sino del ejercicio del libre pensamiento y la prudencia (31). La guerra se convirtió en un debate político donde el concepto de referencia ya no era la verdadera fe o la justicia, sino el interés (32).

La ética política sustituyó entonces a la ética cristiana en la construcción de un código moral universal. Tras asumir que la guerra nunca podría ser ni abolida legalmente, ni erradicada de la realidad del hombre, se hizo necesario intentar contenerla para evitar que se convirtiera en algo absoluto. La ética ejerce de ese «oportuno» mecanismo regulador que evita que la guerra se escape del control político, y hace que sea aceptable por una sociedad cada vez más sensible al sufrimiento ajeno:

«Civilización y violencia no son aspectos contrapuestos, realmente lo que se demuestra es que un mayor grado de civilización lleva asociado niveles más altos de contradicción» (33).

Es el reconocimiento de nuestros deberes hacia el enemigo lo que nos hace humanos, y deducimos nuestras obligaciones éticas entendiendo que, como humanos, estamos condenados a cometer errores.

Las guerras justas

«Toda guerra es justa desde el momento en que es necesaria» (34).

(28) *Ibidem*.

(29) TINKER, Hugo: *La raza, el conflicto y el orden internacional*, p. 179.

(30) HEGEL: *La filosofía de lo correcto*.

(31) TODOROV, Tzvestan: *Esperanza y memoria, reflexiones en el siglo XX*, p. 138.

(32) WALTZER, Michael: *Las guerras justas e injustas*, p. 28.

(33) AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *Las nuevas guerras. Validez de la polemología para el análisis de los conflictos del siglo XXI*, p. 365.

(34) Maquiavelo, citado por AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *Ibidem*, p. 379.

El concepto de «guerra justa» surgió como herramienta al servicio de los poderes para equilibrar el discurso político con los pacifistas, que se aferraban al argumento de la paz como meta y como método, en la creencia de que la guerra no puede ser la solución a ningún problema si viola el principal mandamiento de la ley natural: no matarás. Fue san Agustín quien hizo mutar el radical rechazo de los cristianos a la guerra por el ejercicio del «ministerio activo del soldado» (35), que como cristianos, luchaban justamente por la paz. Para los pacifistas, este concepto de guerra justa respondía a la necesidad de hacerla posible desde el punto de vista moral y religioso, en un mundo en el que a menudo era necesaria (36).

Ante la proliferación durante la Edad Media de las cruzadas del radicalismo cristiano contra los infieles, se alzó la interpretación clásica de la guerra justa, que según Vitoria, nunca debe surgir de las diferencias religiosas, sino que su legítimo sentido emana de la respuesta natural ante un daño sufrido (37). Pero como insinuaba Maquiavelo, lo cierto es que la guerra para Occidente nunca supuso nada bueno salvo su maquiavélica utilidad. Si la guerra no debe existir para satisfacer las necesidades de la aristocracia, tampoco debería existir para fines ascéticos o metafísicos, como así fuera reconocido por la Universidad de Salamanca en el año 1520 al declarar que «la conquista española de Centroamérica» fuera una guerra injusta que violaba la «ley natural» (38). Convertir a los aztecas al cristianismo no era una recompensa justa a cambio de oro.

Los gobiernos no dejarían de abrazarse desde entonces a la teoría de Vitoria para justificar la guerra moralmente como un modo de luchar por la paz y la justicia, para lo cual era necesario cumplir las condiciones impuestas por la doctrina canónica: *iusta causa*, *auctoritas principis*, y *intentio recta*, a las que se añadió posteriormente la necesidad de ser el último recurso, tener probabilidades de éxito y obrar con proporcionalidad. Así pues, la tradición iría calificando de injustas las guerras de agresión, las de conquista y las que se libran para ampliar esferas de influencia y crear Estados satélites con fines de expansión. Podría decirse entonces, que la idea de la guerra justa fue concebida por el pensamiento *iusnaturalista*, no tanto (o no sólo) para justificar las guerras justas, sino, más

(35) PAOLUCCI, Henry: *El discurso político de san Agustín*, p. 162.

(36) WALTZER, Michael: *Guerras justas e injustas*, p. 25.

(37) Francisco de Vitoria: *reflexiones políticas*, Cambridge University Press, 1991.

(38) WALTZER, Michael: *Guerras justas e injustas*, p. 26.

bien, para limitar o deslegitimar las guerras injustas (39), conteniéndolas cada vez más hasta la idea moderna de la guerra como ejecución de una sanción o compensación.

Pues bien, en el siglo XX, todas estas justificaciones se fueron haciendo insostenibles en el plano ético-político de la justicia, aún antes que en el jurídico de la legalidad (40). Si para san Agustín el fin último de la guerra justa era la paz, es necesario insistir en la reflexión ética porque el verdadero peligro de la guerra radica en el riesgo de caer en la indiferencia moral. En la historia, abundan los ejemplos de conflictos que han visto teñir su «noble espíritu» por la necesidad de cobrar tributo, los expolios abusivos y la violación de derechos comprometiendo los principios básicos del *ius in bello*.

Estas circunstancias justifican que la guerra haya sido excluida del Derecho Internacional como «forma de arreglar las controversias internacionales» (41) con la prohibición expresada en la Carta de Naciones Unidas, precisamente porque se ha demostrado que la justicia que persigue no es aceptable al no poderse respetar el principio básico de la ética kantiana: mantener a la población civil alejada de la naturaleza primitiva de los medios militares.

Sin embargo, la prohibición de la guerra ha transformado la naturaleza de las relaciones internacionales. Aunque en teoría el Derecho Internacional sólo autoriza intervenir en el conflicto interno de un país cuando corre un serio peligro la paz internacional, las múltiples experiencias de fracasos del Estado en los últimos tiempos, hacen pensar en la intervención militar internacional y la ocupación de territorios a largo plazo como un recurso necesario para tutelar políticas y proteger los derechos humanos, proponiendo la reconstrucción nacional como un elemento necesario del *ius post bellum* (42).

La *intervención humanitaria* para evitar genocidios como el de Ruanda habría justificado ampliamente la violación del *principio de no injerencia* en los asuntos entre hutus y tutsis, que terminó saldándose con millones de víctimas en una amplia gama de crímenes de lesa humanidad. Ésta ha sido la trágica confirmación del nexo indisoluble que une derecho y razón, legalidad y garantía de los derechos humanos, medios y fines, formas y sustancias de los instrumentos, incluso coercitivos, de tutela de los débiles contra la ley del más fuerte.

(39) FERRAJOLI, Luigi: *Guerra ética y derecho*.

(40) *Ibidem*.

(41) A excepción de la guerra de defensa que, en rigor, no es justa sino legítima.

(42) WALTZER, Michael: *Guerras justas e injustas*, p. 18.

Sin embargo, la calificación de la guerra como «inevitable» instrumento de garantía de los derechos humanos expresa la antinomia entre derecho y guerra implícita en la contradicción de un fracaso político que provoca la regresión al estado salvaje, no sólo de las relaciones interestatales sino también de las internas. Y es que, en definitiva, toda injerencia implica tomar partido por uno de los contendientes, con todos los inconvenientes y responsabilidades que ello trae consigo (43).

Tamaña afirmación cobra aún más relevancia con la urgencia con que la comunidad internacional juzga la necesidad de actuar en según qué territorios, con independencia de los supuestos que pudieran justificar la intervención humanitaria para tutelar derechos con medios antijurídicos (e incluso antihumanitarios) como la guerra. La realidad demuestra que ante idénticas situaciones (en diferentes lugares y coincidentes en el tiempo) pueden surgir condicionantes económicos o políticos que modulen el compromiso y la determinación de la comunidad internacional en estos asuntos. La reacción ante desastres humanitarios como el de Ruanda o la República Democrática del Congo son ejemplos del cinismo social, que pocas dudas planteó para acabar con Milosevic al final de los años noventa.

Aristóteles consideraba justa la guerra contra el bárbaro. Francis Fukuyama y Samuel P. Huntington encontraron así justificación para calificar como guerra justa y legítima la respuesta del gobierno de Bush a los ataques terroristas del 11-S (44). Pero la guerra es un mecanismo que se resiste en la práctica a ser regulado, especialmente cuando el mundo está dominado militarmente por una sola superpotencia, y la opinión pública global no renuncia a indagar en las cuestiones de fondo, como recomendaba Ortega y Gasset. Con independencia de que estén o no justificadas desde la óptica legal, las guerras de castigo basadas en la venganza sólo alimentan más rabia, constituyendo un caldo de cultivo para futuros conflictos (45).

Para Remiro Brotons, el liderazgo de Estados Unidos en la guerra global contra el terror no es ocasional, sino que forma parte de unas aspiraciones que vienen de lejos. No es de extrañar que los presidentes Reagan,

(43) AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *Las nuevas guerras. Validez de la polemología para el análisis de los conflictos del siglo XXI*, p. 395.

(44) Manifiesto de intelectuales estadounidenses apoyando la guerra contra el terror, febrero de 2002.

(45) FERLOSIO, R. Sánchez: *La hija de la guerra y la madre de la patria*.

Bush y después Clinton, propusieran a Estados Unidos como único líder moral capaz de dirigir al mundo hacia el advenimiento de un estadio sociopolítico homogéneo, basado en la expansión a nivel global de la democracia liberal en un nuevo orden donde el fuerte protegiese al débil, el Derecho Internacional se consolidara como tal, y la justicia y la igualdad imperasen en todo el mundo (46).

Uno de los mayores defensores de esta propuesta es el senador Gingrich, quien afirma que Estados Unidos han conseguido dominar el mundo sin presión, exportando los valores de la cultura norteamericana en lo que denomina la «primera civilización global y universal en la historia de la humanidad». El problema surge cuando se pone al servicio de los más nobles ideales las armas más monstruosas (47), y se pretende esconder las más oscuras intenciones.

Este mundo idílico de Francis Fukuyama deja de lado los problemas a los que continuamente se enfrentan las democracias liberales como los nacionalismos internos, los intereses estratégicos de índole político y comercial, y otra serie de cuestiones que mueven a las naciones poderosas a erigirse como adalid en defensa de los derechos humanos. Ciertas actitudes proteccionistas son utilizadas simplemente para otorgar legitimidad a sus propósitos y estrategias. Para Remiro Brotons, el sueño de Fukuyama favorece el secuestro del Derecho Internacional al servicio del poder. Un ejemplo de ello es la presentación de la guerra preventiva como un instrumento legítimo y moral de la política exterior de Bush, que se basa en la suposición de que es posible predecir con certeza lo que va a pasar, y legítimo el derecho a la defensa contra una acción hostil inminente (48).

Pero el éxito de la política de contención (puesta a prueba durante la guerra fría, donde la amenaza del empleo de los arsenales nucleares garantizaba el fin de cualquier diálogo político) invita a pensar que probablemente la única contingencia por la que Sadam Hussein hubiera recurrido al empleo de sus armas de destrucción masiva habría sido precisamente como respuesta a una invasión de Irak por parte del Ejército estadounidense. El hecho de que no las usara entonces, ni se encontraran rastro de ellas, privó a Bush de una justificación para imponer

(46) BROTONS, Remiro: *Civilizados, bárbaros y salvajes en el nuevo orden internacional*.

(47) *Ibidem*.

(48) SCHLESINGER, Arthur: *El País*, 27 de agosto de 2002.

un cambio de régimen en Irak, y sembrara dudas sobre las verdaderas intenciones de su guerra contra el mal.

La guerra preventiva es subjetiva y arbitraria, y por tanto ilegal y amoral, porque responde ante lo que no existe todavía y tal vez jamás suceda. Es la expresión clásica de la filosofía imperialista en lo que algunos analistas han denominado:

«La vuelta del fascismo en el puesto de mando del capitalismo mundial» (49).

La guerra justa exige:

«Modelar las circunstancias antes de que las crisis emerjan, y frenar las amenazas antes de que lleguen a ser extremas» (50).

Estados Unidos no dudó en asumir su indiscutible liderazgo durante la primera guerra del Golfo; una guerra contra la tiranía que invadió un país libre sin justificación alguna, que no planteaba dudas de que pudiera constituir una amenaza para la paz mundial, y por tanto una guerra legítima. No hay duda de que se habría eliminado una amenaza para la estabilidad regional y la paz mundial de no haber sucumbido al interés y la codicia.

Permitir que la crisis cerrara en falso dejando libre al agresor, consentir durante 12 años que resurgiera como líder local mientras pudiera ser manejado por los países que controlaban las dos zonas de exclusión aéreas decretadas por la Organización de Naciones Unidas, como una pieza útil para obtener beneficiosos contratos de explotación petrolífera. Aquella actitud irresponsable y oportunista deslegitimó a Occidente mientras crecía el rechazo de Oriente por el imperialismo capitalista de una alianza opresora. Todo esto son hechos que enturbian el «noble espíritu» de ese esfuerzo común por la paz y la seguridad mundial, y síntomas de la debilidad ética que posteriormente arrastraría al mundo a graves consecuencias.

Sólo se contribuirá a la construcción de un sentido común más solidario y sintonizar el imaginario colectivo con la importancia que tiene la legitimidad jurídica y moral de la guerra, si se toma consciencia de los efectos perversos y los enormes peligros que una derrota moral puede provocar. En definitiva, no debemos permitir que organizaciones como Al Qaeda puedan clamar victoria vanagloriándose de haber obligado a Occidente

(49) FERRAJOLI, Luigi: *Guerra ética y Derecho*.

(50) IZARRA, William: *El imperialismo fascista y las guerras preventivas*.

a actuar demostrando que tenían razón. En ningún caso, el victimismo terrorista debe servir de coartada para defender políticas indefendibles:

«En política no basta con hacer lo correcto, sino que hay que hacerlo por buenas razones, y los ataques del 11-S no sirven de excusa para cambiar lo que somos. Algún día nos veremos libres de este tipo de constricciones, negar la legitimidad moral de la excusa será otra forma de saber que hemos ganado» (51).

La guerra contra el terror

Estados Unidos, tras los atentados del 11-S y bajo la administración de George W. Bush, declararon la guerra al terrorismo como si se tratara de una misión de trascendencia universal. Donald Rumsfeld expresó su determinación sin lugar a dudas:

«O ellos acaban con nuestro modo de vida, o nosotros acabaremos con el suyo» (52).

Y poco después designó al mando de operaciones especiales como coordinador global del resto de mandos regionales estadounidenses. en un plan general contra el terrorismo a nivel mundial.

Los estrategas del Pentágono, y con ellos William Lind, no dudaron en definir la guerra contra el terror como una lucha contra la «insurgencia global islámica» dentro del marco de las guerras de cuarta generación, que identifica como acto bélico al terrorismo de actores no estatales. Algunos autores han comparado la guerra contra el terror con la guerra fría al tener en común ciertos aspectos como la previsible larga duración del conflicto, y el carácter global del teatro de operaciones, dentro del cual se sucederían campañas menores como las de Afganistán o Irak (53).

Pero otros autores dudan de que ésta sea una verdadera guerra, que sea prudente denominarla así, o que un Estado pueda declarar la guerra a una simple táctica. Lo cierto es que mientras Occidente debate sobre si estamos o no ante un conflicto, los terroristas no tienen ninguna duda de que se encuentran en lo que el estratega de Al Qaeda, Mustafa Setma-

(51) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 151.

(52) *Washington Post*, 3 de febrero de 2006.

(53) COKER, Christopher: *Ética y la guerra en el siglo XXI*, p. 80.

riam Nasar denominó «la resistencia global islámica» (54), que supuso el primer documento doctrinal de una *ciberyihad* contra Occidente.

No hay duda de que el conflicto requiere ser tratado con la máxima seriedad. Pero existen numerosos detalles que ilustran el modo en que la política exterior estadounidense ha descuidado los asuntos relativos al debate político con el islam. Los gobiernos deberán gestionar sentimientos sociales tan difíciles de controlar como el terror, los deseos de venganza, o la ansiedad; y para ello será necesario amortiguar el impacto mediático que pueda ocasionar un lenguaje político mal escogido.

El propio concepto de «guerra contra el terror» ha suscitado bastante polémica. El inicio de la guerra coincidió con la invasión de Irak que se llegó a denominar operación *Iraqi Liberation*: pero fue sustituido por el de operación *Iraqi Freedom* por razones obvias (55). Y es que, en definitiva, el lenguaje importa. El vocabulario puede reforzar la propaganda de Al Qaeda, que clama estar luchando en una *yihad* mundial contra la agresión de los judíos y los «cruzados», después de que el presidente Bush emplear el término «cruzada» en unas declaraciones para confirmar el temor de muchos musulmanes.

En los últimos tiempos han proliferado eufemismos como: el «daño colateral», «armas no letales» o «zona libre de fuegos» para legitimar el lenguaje del combate. No son términos similares a los empleados en la Segunda Guerra Mundial cuando se denominaba «transferencia de población» a la expulsión de paisanos de sus granjas, o «pacificación rural» a su asesinato sistemático y deliberado (56), apelando al recurso literario del doble significado para esconder crueles violaciones morales al debate ético. Pero el empleo en la actualidad de términos como «combatiente ilegal» (57) para denominar a aquellos que no merecen ser tratados como prisioneros de guerra, representa un intento poco sincero de rechazar los derechos legales de los terroristas detenidos, víctimas de procedimientos como las «administraciones repetitivas», que maquiavélicamente enmascaran abusos y torturas, que en ocasiones causan la muerte.

Sin embargo, aunque el presidente Bush admitiera honestamente no haber tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo en Abu Ghraib

(54) CASTELLS, Manuel: *La galaxia de Internet*, p. 139.

(55) POOLE, Steven: *Unspeak*, 2006.

(56) ORWELL, George: *El lenguaje político en inglés*, 1946.

(57) Memorandum del presidente Bush: «Nuevos pensamientos sobre las leyes de la guerra», 7 de febrero de 2002.

(quizás porque eligió no estar informado de la peor mancha en el expediente militar de sus Fuerzas Armadas), plantearse la obsolescencia de los Convenios de Ginebra porque supone dar una respuesta inadecuada a los prisioneros del terrorismo (58), constituye un claro ejemplo de lo que Sartre denominó «la mala fe». La prisión indefinida de los presos de Guantánamo, la ausencia de un juicio justo, la humillación y las torturas de quienes representan la encarnación del concepto bíblico del mal, niegan el debido trato humanitario a un colectivo que, a pesar de todo, pertenece a la raza humana. Reconocer tal circunstancia es precisamente lo que nos hace humanos, ante nuestros ojos y ante los demás.

Anthony Appiah piensa que:

«Las personas corrientes de cualquier parte del mundo conservan un concepto similar de la dignidad humana» (59).

Bush declaró en el año 2002 que la dignidad humana no es negociable. Sin embargo, Estados Unidos ya han dado numerosos pasos en contra de los valores que profesan, transmitiendo un mensaje político ambiguo que alimenta aún más el sentimiento antiamericano.

Lo irónico de la cultura occidental es que condena a los liberales a seguir sus propias reglas aunque los demás no lo hagan. Nadie espera nada de una organización que escoge la hora de máxima afluencia para volar un tren urbano y causar el máximo daño, fuimos nosotros los que decidimos colocarnos «del lado de la Historia», y gran parte de la legitimidad de Occidente, y de Estados Unidos como líder y protector mundial, proviene del servicio que proporciona contra aquellos que no respetan la ley internacional. Si Occidente no se mantiene fiel a los principios que defiende, se pone en riesgo la legitimidad de sus objetivos, y por ello es difícil calcular el daño que los últimos acontecimientos han causado en su reputación (60).

Combatir al terror en nombre de la humanidad podría ser un contrasentido. Carl Schmitt considera que la «humanidad como tal no puede hacer la guerra» (61) dado que frente a ella no habría enemigo alguno, a me-

(58) Memorandum para el presidente Bush del fiscal general Alberto González, enero de 2002.

(59) Citado por IGNATIEFF, Michael: *Los derechos humanos como política e idolatría*, p. 166.

(60) General Richard Sánchez, citado por BROKAW, T.: «Abu Ghraib: una clara derrota», en: <http://msnbc.com>

(61) Citado por AZNAR FERNÁNDEZ-MONTESINOS, Federico: *Las nuevas guerras. Validez de la polemología para el análisis de los conflictos del siglo XXI*, p. 391.

nos que se pretenda demonizar al enemigo, considerándolo un monstruo amoral, culturalmente subdesarrollado o incluso subhumano. Con ello se corre el riesgo de caer en la tentación de la devaluación total, que los nazis pusieron en práctica durante el holocausto judío. Reducir el terrorismo al abstracto del mal absoluto despolitiza el conflicto abriendo paso al abismo de la «metapolítica» (62), donde se podrían encontrar argumentos para combatir el terror con el terror, y sucumbir a la tentación de combatir la maldad con medios malvados (63).

La ética está presente en nuestras vidas porque somos conscientes de la necesidad de tener restricciones, obrando siempre y contra cualquier enemigo con legitimidad y proporcionalidad. Para excluir a los «combatientes ilegales» del Derecho Internacional por considerarlos la encarnación del mal, tenemos que negarles la razón por la cual consideramos que nosotros mismos merecemos ser tratados como seres humanos. Según Luigi Ferrajoli, justificar el empleo de cualquier método para lograr el bien constituye el rasgo característico del fanatismo (64), buscar la motivación para negar a otros la dignidad y el respeto que merece todo ser humano conlleva un riesgo.

Cada sociedad tiene su propia percepción del riesgo (65). La visión que Bush pueda tener de los riesgos mundiales y de cómo afrontarlos puede no ser la misma que la de sus homólogos europeos. Manuel Castell lo explica diciendo que:

«La política exterior británica es la misma que la americana, pero con un rostro más humano» (66).

Y la diferencia no radica en que los británicos tengan una política exterior más ética, sino que son más conscientes de los riesgos que corren al no actuar correctamente.

El *risk management* (la gestión del riesgo) se ha convertido en el modelo de las relaciones transatlánticas (67). Hemos pasado de un mundo de amenazas a otro de riesgos. Se dice que la guerra contra el terror ha acabado

(62) PRINS, G. y TROMP, H.: *El futuro de la guerra*, p. 204.

(63) BAUDRILLARD, Jean citado por Silverston, *Media y moralidad*, p. 83.

(64) FERRAJOLI, Luigi: *Guerra ética y Derecho*.

(65) DOUGLAS, M.: *Riesgo y cultura*, p. 3.

(66) Conversaciones con CASTELL, Manuel: *Cambridge: Polity*, p. 131.

(67) HANSEN, D. y RANSTORP, M.: *Cooperación contra el terrorismo: relaciones EU-US tras el 11-S*.

con el 75% de la capacidad operativa de Al Qaeda, pero no es fácil saber cuántos terroristas suicidas amenazan nuestra seguridad, sólo contamos con las estimaciones de los Servicios de Inteligencia. El modo en cómo ajustamos nuestro umbral individual de la percepción de estos riesgos dibuja el mapa de nuestros miedos y ansiedades. Para Dorothy Parker, la sensación de miedo en la sociedad americana no guarda proporción con los actuales riesgos que se corren. Mientras los estadounidenses creen estar combatiendo en una guerra que tiene lugar muy lejos de sus fronteras, en Europa creemos que ese mismo riesgo vive entre nosotros (68).

Los europeos somos conscientes de la necesidad de acabar con el papel de Afganistán como principal cuna del terrorismo islámico, pero tendemos a ver el terrorismo como un crimen. Los ataques de Madrid y Londres son una clara señal de que Europa está produciendo sus propios terroristas, y la obligación de garantizar los derechos de todos los miembros de una sociedad garantista como la europea conduce a políticas más tendentes a la encarcelación, la reforma y reinserción de los criminales que a la aniquilación de la guerra.

La distinta percepción del riesgo conduce a diferentes interpretaciones del contexto ético en la guerra contra el terror. Una guerra que se antoja larga, con profundo calado dialéctico, donde el lenguaje político, el vocabulario del combate, el cálculo de la proporcionalidad y la necesidad de transmitir un mensaje de integridad política y moral sin dobleces, marcará la diferencia.

La ética y el mensaje político en la Red

Internet ha demostrado ser uno de los elementos de nuestra era capaz por sí mismo de imprimir un carácter especial a la guerra. En este apartado trataremos de analizar el papel de Internet y los medios de comunicación social como elementos cruciales en la configuración del espacio de batalla. Y es aquí donde deliberadamente analizaremos al enemigo, sus propósitos, y las cuestiones éticas que deberemos despejar para entender el porqué el fundamentalismo islámico está ganando la campaña mediática, cuando son culpables de actos moralmente injustificables, por más errores que pudieran achacarse a las políticas de occidente en Medio Oriente (69).

(68) COKER, Christopher: *La ética y guerra en el siglo XXI*, p. 79.

(69) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 146.

Pero ¿qué sabemos realmente del enemigo? Desde el 11-S se han escrito más de 20.000 estudios sobre terrorismo. Sin embargo, tan sólo un puñado de ellos está basado en un análisis profundo y riguroso (70). Christopher Coker fue suficientemente explícito cuando aseguró que la mayoría de estos estudios son como la «comida basura: te hacen sentir bien durante un corto periodo de tiempo, pero a la larga tienen poco valor nutritivo». Y todo se debe a la ignorancia de la que padece Occidente en lo relativo al islam, y especialmente Estados Unidos, un país gobernado por un presidente que desconocía la diferencia entre chií y suní, incluso después de haberse completado la invasión de Irak (71).

El problema que entraña combatir a un enemigo que definimos como «el mal absoluto», es que en algún momento tendremos que materializar ese «mal» en algo físico, y la dialéctica que surge al enfrentar en el terreno extremos abstractos como el bien y el mal, en ocasiones puede conducir a un profundo desorden. Lo que es bueno para nosotros, no tiene por qué ser necesariamente bueno para otros.

Una cultura liberal y progresista lucha para que prevalezcan los valores que constituyen los cimientos de nuestra civilización. Pero ¿se puede negar que el «eje del mal» no luche también por otros principios universales? (72). El problema de asumir que la violencia expresada por el terrorismo es irracional, es que se tiende a desoír el mensaje del perpetrador. En el caso del terrorismo suicida, el error es más flagrante al no advertir que detrás del sacrificio supremo de la propia vida se podría esconder una llamada a «otra justicia» (73):

«La lucha de un hombre que se transforma en una bomba es como la de aquel que empuña una pistola, no hay diferencia, la muerte de este guerrero no es una tragedia, ni indica una mente agitada. Tal muerte es calculada; lejos de ser el resultado de la desesperación, es una muerte llena de propósito al servicio de una causa viva» (74).

Como decía el líder chií de *Hizbolá* Sayyed Fadallah:

«Si un pueblo que se siente oprimido no encuentra los medios para enfrentarse a Estados Unidos e Israel, la opresión les obliga a des-

(70) COKER, Christopher: *La ética y guerra en el siglo XXI*, p. 86.

(71) COKER, Christopher: *Ibidem*, p. 82.

(72) MAC INTYRE, Alasdair: *Después de la virtud*, p. 221.

(73) INDERMAUT, D.: *Percepciones de la violencia, Psicología y la Ley*, p. 10.

(74) KRAMER, M.: *La lógica moral de Hizbollah*, p. 135, Cambridge University Press, 1990.

cubrir nuevas armas y fortalezas para neutralizar las herramientas imperialistas, y causar un impacto político mediante el sacrificio en el contexto de la guerra santa» (75).

Es evidente que sus métodos pretenden encontrar la legitimidad en su efectividad por encima de las implicaciones éticas de la *yihad*, que no tendrían el alcance que persiguen sin la ayuda de Internet.

De hecho, los actos terroristas encierran en sí mismo un ritual con la voluntad de transmitir un mensaje netamente ético y político. Las decapitaciones publicadas en Internet no son sólo un signo de victoria, se pretende mancillar un cuerpo impuro sometiendo al enemigo a la humillación pública del desmembramiento, privándole de un valor tan importante para el islam como es el honor. Pero además, mostrar públicamente un sacrificio persigue inspirar miedo, porque el sentido del sacrificio nace precisamente de que la pena recaiga sobre un inocente (76). Las palabras «sagrado» y «sacrificio» comparten la misma raíz etimológica, y con la proyección de imágenes de sacrificios tanto de víctimas inocentes, como del mártir que entrega su vida al servicio de una guerra santa se pretende elevar la causa a un plano moral superior.

Internet permite que organizaciones radicales como Al Qaeda puedan extender su influencia a zonas donde carecen de presencia significativa (77). Disipa el carácter tribal o territorial que tradicionalmente ha caracterizado a estos grupos independientes permitiendo que converjan coherentemente hacia un mismo objetivo desde distintas direcciones (*swarming*), lo que otorga al radicalismo islámico una fuerza inusual que ha permitido extender la llamada global a la restauración de los valores que ven amenazados por el imperialismo, a cualquier lugar donde haya un musulmán. Los disturbios en París del año 2005 son un claro ejemplo de este fenómeno: empezaron como una serie de protestas de inmigrantes musulmanes reivindicando mejores condiciones de vida y terminó siendo instrumentalizado por Al Qaeda (78) al servicio de su causa.

Bruce Hoffman fue el primero en definir el terrorismo como una «guerra en Red» contra un enemigo sin centro de gravedad, sin un liderazgo de-

(75) *Ibidem*.

(76) BLOCK, A.: *Honor y violencia*, p. 101.

(77) ARQUILLA, J. y ROMFELDT, D.: *Mirando hacia delante: preparándose para la guerra en la era de la información*, p. 465.

(78) *The Times*, 8 de marzo de 2007.

finido ni estructuras organizativas, sin jerarquía, sin ambición de ocupar un territorio, tan sólo una serie de células unidas entre sí por la Red (79), si eliminas un nodo, automáticamente se activa otro proliferando más rápidamente de lo que nunca lo hicieron las guerrillas en tiempos pasados. ¿Qué organización es capaz de mantenerse como una realidad presente en 63 países, después de haber perdido el 75% de su operativo en cinco años?

Como decía Manuel Castell, Internet representa para la insurgencia mundial un sólido trampolín desde donde impulsar la movilización social en contra del sistema, en una fusión de procesos aislados que pueden amplificar su influencia y degenerar en una epidemia (80). El empleo de la Red es un claro denominador común en el funcionamiento de las organizaciones terroristas en la actualidad. El aparato propagandístico de Al Qaeda extiende sus valores por la Red para someter el poder del Estado al poder de las mentes (81), basando su capacidad de maniobra en la habilidad para plantear cuestiones que susciten el debate con más intención de provocar desgaste político que de negociar. Pero sobre todo, la Red les permite convertir la moralidad moderna en un arma contra Estados Unidos:

«Nuestra estrategia es hacer que la guerra provoque un desgaste psicológico tal, que rompa su voluntad de vencer. Y para ello, nos alimentaremos de las decadentes restricciones morales y legales de Occidente» (82).

Todo lo anterior explica lo importante que es hoy en día extremar el respeto al *ius in bello*. Occidente ha tenido que enfrentarse en numerosas ocasiones al dilema de ejecutar operaciones militares contra actores que no han dudado en emplear escudos humanos para procurarse protección. El temor a perder la guerra de la propaganda no impidió los ataques de la Alianza en Belgrado o el cerco a Sadam Hussein, pero aquellos conflictos no tuvieron que enfrentarse al alcance actual de Internet, y su influencia en la opinión pública global está fuera de dudas (83).

(79) MACKINLAY, John: *Derrotando la insurgencia compleja: más allá de Irak y Afganistán*, p. 81.

(80) GLADWELL, Malcolm: *The tipping point*.

(81) CASTELL, Manuel: *La galaxia de Internet*, p. 141.

(82) Charles Dunlap, citado por ADAMS, J.: *La próxima guerra mundial*, p. 291.

(83) THOMPSON, J.: *Escándalo político: poder y visibilidad en la era de la media*, Cambridge, 2000.

Occidente está inmerso en una guerra dentro de un teatro de operaciones con audiencia global (84). Sus acciones frente al enemigo tienen inmediatas consecuencias en la efectividad del mensaje que se pretende transmitir a la opinión pública. Uno de los efectos que provoca la introducción de los terroristas suicidas en el contexto de la guerra, es la necesidad de emplear la capacidad de combate diseñada para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo desde una distancia de seguridad (85), impulsando el desarrollo de las armas no letales y diversos mecanismos orientados al *soft-kill*, permitiendo alcanzar los objetivos tácticos produciendo el mínimo número de bajas letales. Un ejemplo de ello es la munición de plástico empleada para controlar manifestaciones violentas, donde es tan importante evitar bajas civiles como asegurar la supervivencia de las fuerzas propias. Esta munición no es letal a una cierta distancia, y se ha convertido en una herramienta esencial en los escenarios urbanos de Irak y Afganistán.

Por otro lado, la reacción de la opinión pública global ante estos asuntos está condicionada por las expectativas que el propio ciudadano tenga del umbral de respeto al código ético de cada cultura. Es decir, en caso de producirse un acto concreto que viole determinadas normas morales, el coste esperado en la guerra propagandística es diferente si son cometidos por una cultura liberal, que por países como China del que se espera un comportamiento menos tolerante (86).

Los propios manuales de Al Qaeda contemplan esta circunstancia. Mientras se asume que caer en manos de la cultura árabe implica la nula posibilidad de escapar de un sufrimiento sin esperanza, ser capturados por un país occidental puede ofrecer la posibilidad de multiplicar los efectos estratégicos mediante la propaganda negativa:

«Los prisioneros enseñaban a los miembros de la Cruz Roja los moratones y lesiones que ellos mismos se producían para ganar puntos en la diplomacia pública» (87).

El suicidio de algunos prisioneros de Guantánamo, retenidos indefinidamente sin posibilidad de juicio, constituye en sí mismo un acto delibera-

(84) SMITH, Robert: *La utilidad de la fuerza: el arte de la guerra en el mundo moderno*, p. 289.

(85) *The Guardian*, 14 de mayo de 2005.

(86) COKER, Christopher: *Guerra y ética en el siglo XXI*, p. 105.

(87) MACKAY, C. y MILLER, G.: *Interrogatorios de guerra: los secretos de la guerra contra Al Qaeda*, p. 312.

do de guerra asimétrica, que pretende emitir un mensaje político más allá de expresar la desesperación individual (88).

La detención indefinida puesta en práctica por Estados Unidos en la guerra contra el terror, responde al derecho legal de retirar al enemigo del campo de batalla mientras dure la contienda. Para Condoleezza Rice, es aceptable el argumento de que:

«Los terroristas no encajan bien en el sistema criminal ni militar de justicia» (89).

¿Son terroristas, soldados o criminales? Y en cualquier caso, si esta guerra no tiene fin ¿durante cuánto tiempo más se les puede retener? En una sociedad liberal, si existen pruebas concluyentes que demuestren la culpabilidad de los prisioneros, se les debería juzgar en tribunales convencionales y condenarles como criminales.

Esta guerra no requiere pensar lo impensable, como sugirió Donald Ramsfeld. La información obtenida en confesiones bajo tortura no sólo es inaceptable como prueba ante cualquier tribunal liberal, sino que carece de fundamento dadas las altas posibilidades de basarse en lo que el interrogador quiere oír en lugar de en la realidad. El general Massu admitió antes de morir que nunca se pudo constatar que la práctica de la tortura sirviera de ninguna ayuda para Francia en la guerra de Independencia Argelina (90).

Para el senador John McCain existe una razón aún más poderosa para desterrar la tortura como herramienta en Occidente:

«Si la guerra contra el terror es una guerra de ideas, en la lucha por la libertad que la maldad del terrorismo pretende eliminar de algunos lugares, deberíamos exhibir un comportamiento lo más diferente posible al de nuestro enemigo, incluso en el supuesto de que la tortura fuera eficaz» (91).

Dado que la tortura no busca el objetivo de extraer la verdad sino la de enviar un mensaje inequívoco de la determinación en ganar la guerra contra el terror, el empleo de prácticas contrarias a tus propios principios atentan directamente contra las posibilidades de inclinar la guerra de

(88) *The Economist*, «Cuida tu lenguaje», p. 15.

(89) *The Times*, 6 de diciembre de 2005.

(90) *The Sunday times*, 25 de marzo de 2006.

(91) *Washington Post*, 6 de diciembre de 2006.

ideas a favor propio, donde mantener la coherencia del mensaje moral es esencial (92).

En un mundo globalizado al alcance de cualquiera gracias a Internet, la ética cobra más relevancia que nunca obligando al escrupuloso respeto del *ius in bello*. El riesgo de exposición continua de las acciones militares al «periodista espontáneo» (individuos sin la suficiente preparación ni experiencia como reporteros de guerra que con una cámara y una conexión a Internet pueden acabar con la reputación de un país en una jornada, imprimiendo una huella digital a determinados hechos aislados difícil de borrar) satisface la continua demanda de pequeñas historias sin contrastar, fácilmente vendibles, que distorsionan la verdadera historia que hay de fondo (93). El campo de batalla ya no es un espacio únicamente controlado por el poder militar, los medios puede por sí sólo revelar lo que los gobiernos prefieren mantener oculto, y es motivo por el cual los ejércitos deben ser más fieles que nunca a sus propios códigos éticos de conducta.

Del mismo modo que Al Qaeda ha sabido explotar la revolución de la información para impulsar su *yihad* en la Red bajo el lema de que ningún estadounidense es inocente, la comunidad internacional debería aprovechar la oportunidad que ofrece la Red para comunicar al mundo cómo combate a su enemigo, cómo tratamos a los prisioneros de guerra que asesinan masivamente a civiles inocentes, y cómo se consideran aquellas cuestiones que permiten minimizar los daños colaterales. Sirva de ejemplo la difusión de las imágenes del ataque a la mezquita de Fallujah, en respuesta defensiva contra el fuego abierto por los francotiradores apostados en sus minaretes, invirtiendo el papel de villano en una historia que dio la vuelta al mundo.

El problema es que, en un mundo globalizado como el nuestro, Internet evidencia aún más las diferencias culturales desafiando aquellas prácticas sociales que nacen de nuestro propio sentido de moralidad. A lo largo de la Historia, la guerra ha ido modelando el componente genético humano que desea infligir dolor y humillación al enemigo como consecuencia de una reacción visceral. Lo que nos hace diferentes a unas culturas y a otras es la habilidad para sentir vergüenza de nuestros propios actos y somatizar la culpa. Como hemos visto anteriormente, Internet se

(92) BURKE, John: *Barbarisation of War*, p. 214.

(93) EDDE, P.: «Ventana al corazón oscuro», *The World Today*, p. 9, marzo de 2007.

ha convertido en un laboratorio que enfrenta sentimientos contradictorios en un contexto paradójico donde remover el sentimiento de culpa es en esencia el objetivo final del terrorismo (94).

Quizás el verdadero propósito del mensaje no debería centrarse en demostrar que Occidente está por encima de sus oponentes en cuestiones éticas. A pesar de que la alianza occidental tienda a respetar los Convenios de Ginebra tanto en el campo de batalla como en el contacto con la población civil donde opera, los esfuerzos de la comunicación estratégica siguen orientándose hacia la búsqueda de legitimidad ante nuestra propia audiencia. Quizás el mensaje de la relevancia que tiene para la humanidad el futuro desenlace de la actual guerra contra el terror debería dirigirse a los más de mil millones de musulmanes en el mundo (95).

Como dijo el papa Juan XXIII:

«Es irracional pensar que la guerra sea un medio idóneo para restablecer los derechos violados.»

Pero la guerra tiene su propia lógica (96), poco importa si te opones a ella o la apoyas, la máquina continuará funcionando (97) como un mecanismo concebido en su esencia para la coerción, el sometimiento y la persuasión mediante la «pulsión de muerte» (98). Lo que sí es nuevo en la guerra de nuestros días, es que la sociedad moderna tratará por todos los medios de refinar el concepto de matar, minimizando el sufrimiento allá donde es posible.

Existen suficientes evidencias de que la sociedad occidental está demandando un creciente humanismo trascendental, en lo que H. Jonas define como «pacifismo cultural constructivo»: debemos prepararnos para imponer las medidas coercitivas que sean necesarias para alcanzar nuestros objetivos, pero debemos hacerlo de manera que permita al adversario conservar el respeto de la sociedad que defiende y a la que pertenece, sin que peligre el estatus colectivo de su pueblo, su prestigio y su dignidad.

(94) COKER, Christopher: *La ética y la guerra en el siglo XXI*, p. 117.

(95) *Washington Post*, 13 de septiembre de 2001.

(96) ECO, Umberto: *Five moral pieces*, pp. 11-13.

(97) WRIGHT, Evan: *Generation kill: viviendo peligrosamente en la carretera a Bagdad con los marines de la Compañía Bravo*, p. 31.

(98) Interesante definición de la guerra emitida por Federico Aznar Fernández-Montesinos en una conferencia del XII CEMFAS.

Los esfuerzos por reducir el impacto de la guerra al mínimo indispensable, es una consecuencia lógica del deseo de amortiguar el sentimiento de culpabilidad social. No se puede combatir el terror con armas que aterrorizan, o llevar a cabo acciones humanitarias con métodos y medios inhumanos (99). Pero este humanismo trascendental también resulta ser una actitud de gran utilidad. Gran parte de esta guerra contra el terrorismo se libra en nuestras mentes, y el único camino posible hacia la victoria debe contemplar que el enemigo utilizará cualquier circunstancia que pueda convertir las ventajas tácticas obtenidas en el campo de batalla en derrotas estratégicas.

Hacia una nueva ética en la guerra

Para Michael Ignatieff, el soldado es quien retiene la responsabilidad de introducir la moral en el combate. Lo que verdaderamente distingue al soldado profesional, es que la sociedad confía en su capacidad para juzgar las diversas opciones que se le presenten, y decida según los dictados de su consciencia (100). En otros tiempos, la sociedad apelaba al código de honor del guerrero como único modo de hacer respetar la ética de la guerra. Sin embargo, la actual revolución de los asuntos militares, no sólo tiende a limitar las actuaciones del soldado mediante la imposición de reglas de enganche que determinan de manera matricial lo que es ético y legal limitando su comportamiento en el combate, sino que la tecnología permite disipar la «niebla de la guerra» hasta el punto de permitir al comandante controlar en tiempo real el grado de cumplimiento de las normas establecidas.

Por un lado, esta tendencia a sobrecontrolar podría afectar indirectamente al juicio moral individual del soldado y por tanto su efectividad en el combate. Según el Departamento de Investigación Especial de la Policía Militar británica, el riesgo de cometer errores en acciones de vida o muerte que sólo duran fracciones de segundo, y la posibilidad de enfrentarse a consecuencias legales por ello, constituye la mayor fuente de estrés para el combatiente. El primer ministro hebreo Ehud Olmert era consciente de esta circunstancia en una de sus declaraciones públicas:

(99) ALEXANDER, John: *Future war*, p. 15.

(100) IGNATIEFF, Michael: *El honor de los guerreros: la guerra étnica y la consciencia moderna*, p. 118.

«Israel dará todo su apoyo a los que actuaron por el país y en su nombre. Los comandantes y soldados que fueron enviados a Gaza tienen que saber que están a salvo de los distintos tribunales» (101).

Sin embargo, disponer de unas armas cada vez más inteligentes, con cada vez menos poder destructivo, y las nuevas tecnologías que permiten a los comandantes medrar en los detalles de lo que ocurre en el terreno, tienden a provocar el efecto contrario diluyendo la responsabilidad individual en algo colectivo. Es lo que Ulrich Beck denomina la «moralización tecnológica», donde el cálculo del riesgo introduce una ética matemática sin moralidad (102).

Nos encontramos al inicio de una era donde la gestión del riesgo sustituye al eje central de Kant en la búsqueda de la ética. La relación entre coste y riesgo se ha convertido en el componente esencial de la ética actual. No sólo se tiende a tomar aquellas decisiones que más disminuyen el riesgo de asumir sus consecuencias, sino que todo lo que hoy en día someta al cuerpo humano a un riesgo innecesario se considera inmoral. Utilizamos habitualmente las palabras «amenaza» o «peligro» como sinónimos intercambiables con «riesgo», sin percibir la esencia pasiva que las define. Lo que diferencia al riesgo es que lleva implícito la posibilidad de evitarlo: podemos estar sometidos a una amenaza pero los riesgos se asumen por definición. Para Niklas Luhman, las nuevas tendencias están permitiendo la transformación de los peligros de la guerra en riesgos calculados y cuantificables, atribuyendo la responsabilidad de correrlos a los niveles de decisión en lugar del de ejecución (103).

La percepción del riesgo es distinta para cada sociedad (104). Las antiguas interpretaciones del heroísmo tradicional («sin riesgo no hay victoria» o «el riesgo de pocos es la seguridad de muchos»), ceden paso al pragmatismo contemporáneo en el que asumir riesgos no está bien recompensado, y cada vez con más frecuencia se diseñan estrategias y procedimientos tendentes a evitar riesgos y costes morales. El crecimiento de la robótica permitirá en un futuro eliminar riesgos asignando la ejecución del trabajo «sucio y peligroso» a los futuros TAC (*Tactical Au-*

(101) Sheik Ghassan Manasra, en: www.mepeace.org

(102) BECK, Ulrich: «World Risk society», *Cambridge Polity*, p. 51.

(103) LUHMAN, N.: *Observations on morality*, p. 54.

(104) FURELI, F.: *La cultura del miedo*, p. 17.

tonomous Combatant), amenazando con retirar al humano de determinados campos de batalla (105). Para 2015, un tercio de los vehículos de combate de las fuerzas terrestres estadounidenses serán no tripulados.

Aunque aún no se ha especificado una fecha, el Departamento de Defensa estadounidense planea basar el 45% de la capacidad de bombardeo de largo alcance en aviones no tripulados que permitirán en un futuro proporcionar una persistencia ilimitada, aportando potencia de fuego de gran precisión, en el lugar adecuado, en el momento preciso, y sin riesgo alguno. Ésta es la tendencia de futuro y es imparable, «los robots han llegado para quedarse» (106).

Estas útiles herramientas podrán ser controladas vía satélite por operadores que ejecutarán actuaciones en el campo de batalla en tiempo real, y con la seguridad de operar desde casa en contacto ininterrumpido con el nivel de decisión. Algunas de ellas contarán con inteligencia artificial que les permitirá actuar tomando decisiones autónomamente sin necesidad de control remoto, reproduciendo modelos de comportamiento racional basado en respuestas programadas a determinados estímulos. Las guerras serán más limpias y rentables, los robots no sangran ni sufren de estrés pos traumático, pero ¿qué precio tiene el entusiasmo por estos nuevos elementos? ¿Qué efectos a largo plazo producirá el empleo de robots capaces de tomar decisiones de vida o muerte en el campo de batalla?

Es evidente que los TAC no operarán con un cierto grado de autonomía hasta que la ciencia no haya despejado importantes áreas de incertidumbre en la ejecución de una misión por combatientes con inteligencia artificial, como la capacidad de juzgar que no es conveniente destruir un objetivo enemigo localizado junto al patio de un colegio durante la hora del recreo. Reducir la presencia humana en el combate implicará perder capacidad de comprensión y entendimiento del entorno. Podemos hacer que las máquinas piensen, incluso que juzguen la estadística en situaciones de vida o muerte tomando la decisión que más se ajuste al objetivo perseguido, pero nunca tendrán consciencia (107). No podemos esperar ninguna clase de ética de nuestros inventos, ni hacer moralmente res-

(105) Thomas Killion, asistente del secretario de Investigación y Tecnología de Estados Unidos, en una conferencia en Washington, febrero de 2006.

(106) Coronel Griffin USMC, citado por COKER, Christopher: *La ética y la guerra en el siglo XXI*, p. 148.

(107) COKER, Christopher: *La ética y la guerra en el siglo XXI*, p. 187.

ponsable a los programadores de inteligencia artificial de lo ocurrido en situaciones que no presenciarán directamente. Si vamos a permitir que el enemigo perciba la opresión de unas máquinas invencibles con licencia para matar, sólo nosotros seremos culpables de sus efectos en la guerra estratégica, y en nuestra conciencia.

Como admite Ronald Arkin (108), los robots podrían tener la capacidad potencial de actuar con más humanidad que las personas, el estrés no afecta su capacidad de juicio, no son víctimas del odio ni corren el riesgo de demonizar al enemigo como coartada para justificar comportamientos amorales. En un futuro, podrían disponer de un conjunto de algoritmos matemáticos dentro de un espacio de decisión multidimensional similar a un código ético. Pero en definitiva, tendremos que afrontar un escenario en el que máquinas programadas produzcan sufrimiento a seres humanos, e incluso maten de un modo que prive al enemigo de su dignidad. La llegada del robot hará desaparecer del campo de batalla el coraje, el heroísmo, el sacrificio, y sobre todo, pondrá en riesgo la responsabilidad ética que debemos asumir con nuestros enemigos.

La ética de la guerra enraíza en nuestra condición física como seres humanos. Forma parte de la herencia histórica que reside en el honor del guerrero, hemos construido nuestra esencia cultural sobre el continuo esfuerzo por juzgar en consciencia lo que es correcto, ante los ojos de nuestra comunidad, y ante los de nuestro enemigo. Por eso la ética de la guerra es tan importante, pone a prueba la falibilidad del ser humano, refleja la ambición del hombre, su debilidad, su capacidad de sentir compasión en condiciones extremas, retándoles a enfrentarse a su propia humanidad, pero como aseguraba Saul Bellow, la vida no merecería la pena si no podemos someter a juicio su sentido moral.

Conclusiones

Homero nos muestra qué ocurre cuando nos dejamos seducir por las capacidades de nuestra propia fuerza. Eurípides nos enseña las consecuencias de olvidar la verdadera esencia de la guerra, y que un enemigo derrotado siempre se obstina en recordar nuestros excesos y vengar su derrota. La ética es el resultado de la acumulación de experiencias al asumir las consecuencias de nuestros actos, permite que podamos

(108) Responsable del Instituto de Tecnología de Georgia.

vernos a través de los ojos de nuestro enemigo, y explica porqué en la guerra los más grandes guerreros se enfrentan constantemente al temor de lo que pueden llegar a convertirse.

Lo más trágico de la guerra no es la muerte, sino la traición (109). La guerra desafía nuestra propia sustancia, nos invita a traicionar la esencia humana del soldado cediendo a la tentación de olvidar las responsabilidades hacia el enemigo. El temor a sucumbir ha sido siempre la razón de ser del código de honor del guerrero (110). Para Sócrates, el ser humano necesita estar en paz consigo mismo, y no puede encontrar la paz si es presa del conflicto interno.

Para san Agustín, la verdadera maldad de la guerra no es matar sino el deseo cruel de hacer daño y dominar al enemigo. La paz forma parte de la propia esencia humana, es una aspiración universal. Si la guerra es tan sólo el último medio para conseguir la mejor paz posible, es necesario evitar destruir todo aquello que hace de la vida algo digno. Por tanto, el código ético que exigimos a nuestros soldados existe por una sola razón: asegurar que la paz sea posible (111).

Pero hoy vivimos en un mundo de predicciones de escenarios futuros, la única ética que cuenta no es la ética de las intenciones sino la de la responsabilidad; no la de los fines perseguidos sino la de los efectos provocados (112). Basamos nuestras acciones en supuestos y probabilidades estadísticas que definen el universo ético de un mundo más dinámico. La ética ya no nace solamente del contexto físico de un ser humano que imagina el dolor de otros, que juzga según su conciencia y evalúa la realidad de manera independiente, también se ha convertido en un elemento colectivo, perteneciente a complejos sistemas que poseen sus propias reglas, algoritmos que responden a otras prioridades como el cálculo de riesgos y evaluación de costes.

Asumir riesgos en el combate ya no reporta gloria, sino que se ha convertido en algo inapropiado ante el impulso de la moralización colectiva. En las guerras contemporáneas, tanto el soldado como el comandante ceden parte de su cuota de responsabilidad a la aplicación de códigos

(109) LEVI, Primo: *Si esto es un hombre*, citado por COKER, Christopher: *La ética en las guerras del siglo XXI*, p. 132.

(110) FINKIELKRAUT: *En nombre de la humanidad*, p. 4.

(111) JOHNSON, J.: *Moralidad en las guerras contemporáneas*, p. 211.

(112) FERRAJOLI, Luigi: *Guerra ética y Derecho*.

y fórmulas de actuación impuestas por la sociedad. La revolución de los asuntos militares ponen la tecnología al servicio de la guerra para hacerla más limpia y precisa. La ética es la parte de la ecuación que resulta del cálculo de los efectos necesarios para asegurar una paz sólida, minimizando el riesgo de afrontar responsabilidades.

El resurgimiento de la violencia fundamentalista en la hostilidad dialéctica de la guerra contra el terror, amenaza con traicionar los valores éticos de la cultura liberal de Occidente subordinando la verdad al interés humano. No podemos cuestionar temporalmente nuestro código ético para hacer frente a una situación de emergencia como la que plantea el terror. La guerra, como medio de afirmación moral del bien sobre el mal, más allá de la legitimidad jurídica y política requiere la reflexión ética y filosófica que justifique su argumento en la Historia.

La amenaza del terrorismo requiere una respuesta multilateral. El primer objetivo de la guerra contra el terror no es mirar hacia atrás y castigar, sino mirar hacia adelante y prevenir (113). Occidente debe continuar fiel a su código ético sin pretender exportarlo como universalmente válido, lo que importa es el derecho de las personas a construir su dignidad como deseen (114).

No hay duda de que el mal está ahí fuera para amenazar la paz y desafiar la integridad y el compromiso de Occidente con el progreso, la dignidad y la libertad. Pero el islam no es la bestia negra, ni es una cultura violenta y beligerante incapaz de permitir la coexistencia pacífica de todas las culturas, no es el caso de las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí, o la de España y Marruecos. El islam es una cultura profundamente comprometida con los derechos humanos y la dignidad. Para Sheik Ghassan Manasra (periodista y escritor afincado en Israel) el verdadero rostro del islam es el del perdón y el constante diálogo con el prójimo.

(113) WALTZER, Michael: *Reflexiones sobre la guerra*, p. 148.

(114) IGNATIEFF, Michael: *Los derechos humanos como política e idolatría*, p. 168.